

¿Quién es Mechita?: La historia de mechita y mi identidad

Claudia Cori Esquiche

Mechita nació en la maternidad de Lima, el 31 de marzo de 1945, a finales de la Segunda Guerra Mundial, pero a pesar que es un hecho que menciona constantemente, este evento en realidad no significó un gran impacto para su localidad. Mi abuela Mercedes es la hija de dos migrantes apurimeños de los centros poblados de Mosecca y Chacapunte, del distrito de Capaya, provincia de Aymaraes, de la región de Apurímac, en los andes de Perú. Su historia de nacimiento es resaltante, puesto que antes de nacer, su padre Guillermo Urbano Vera se contagió de tuberculosis y falleció, a consecuencia de ello su madre Antonia Gutierrez Choque se vió obligada a llevar sus últimos meses de embarazo sin compañía; debido a su pronta pérdida mi bisabuelo no pudo *firmar* a su hija. Como no es de extrañar, al enterarse de lo ocurrido en la capital, mi tatarabuela Gregoria Choque viajó a Lima para “rescatar” a su hija Antonia, atravesando parte del ande peruano caminando —como se hacía antes— para llegar a la costa de Arequipa y tomar la embarcación que la llevaría a Lima.

Ya en Lima, mi tatarabuela y mi bisabuela toman la decisión de volver a Mosecca, debido a la cercanía y seguridad de estar en familia y comunidad. A partir de su regreso mi abuelita Meche convive como bebé poco tiempo al lado de su madre, la cual regresó a Lima para obtener oportunidades de progreso; y es mi tatarabuela la que asume el rol de educación y cuidado. Es así que la primera lengua de mi abuela fue el quechua chanka, hablado en esta región del Perú, de la mano del aprendizaje de tradiciones de agricultura y pastoreo, además de escuchar parte de la cosmovisión andina que difundieron sus antepasados. Mientras tanto, mi tatarabuela le recordaba siempre a mi abuelita que tenía una mamá en Lima y cada vez que pasaba un avión ella pensaba que su mamá iba a regresar, aunque no la conocía, ella me contó que “la sangre la llamaba” y que se sentía triste. No obstante, su abuela la cuidaba y le daba el amor que ella necesitaba en ese momento de su infancia.

Cuando Mechita cumplió 7 años, su madre regresó al pueblo, le cortó el cabello y la matriculó en la escuela de transición rural más cercana —en Chacapunte—, es ahí donde aprendió castellano por primera vez. Pese al regreso de Antonia, mi abuelita nunca pudo establecer un lazo fuerte con ella y pese a su retorno nunca dejó de vivir con su abuelita Gregoria. Por ello los años de *básico elemental* transcurrieron entre el trabajo de campo, apoyando a cosechar productos agrícolas, la convivencia con su abuela y sus primos (a los cuales también cuidaba Gregoria), sus clases en el pueblo y algunas visitas esporádicas a su madre. Sobre su cotidianidad en la escuela, una anécdota que recuerdo es que a mi y a mis primas, cuando éramos niñas, Mechita siempre nos decía que cuando ella iba al colegio era feliz, pero que caminaba por horas y por largas montañas para llegar a aprender un poco.¹

¹ Cabe mencionar que años atrás en el Perú la educación rural era demasiado limitada [aunque todavía existen brechas educativas] y la enseñanza que recibían los y las estudiantes de esa época era mínima, además claro, de la brecha educativa por género.

En su adolescencia, mi abuelita tuvo que asistir a la escuela de la capital del distrito, es ahí donde conoce a una de las profesoras que le brindaría consejos para que terminara sus estudios, además, encuentra en ella a una confidente. A los 14 años, debido a su interés por aprender, su maestra Rosa le comunica que la escuela cerraría y le ofrece una oferta, la cuál mi abuelita vió como oportunidad de sobresalir, el viajar a Cusco, una ciudad intermedia del sur peruano. La propuesta consistía en que mi abuelita cuidara a la hija pequeña de su profesora, mientras terminaba sus estudios de convalidación de enseñanza, y por su parte mi abuelita se ganaba un dinerito; a lo cual aceptó.

Una vez terminado el verano, su profesora le indicó que iba a volver a enseñar a Apurímac, pero que le podía dejar recomendada con alguna de sus amigas para que la apoyen en terminar el colegio; a ello mi abuelita se emocionó mucho porque quería ser profesora. Por el contrario, cuando llegó a la casa de una de las amigas y su profesora ya lejos de Cusco, su nueva tutora no respetaría los deseos de Rosa, nunca tuvo interés por hacer que culmine sus estudios, la trataba pésimo y le hacía dormir en el piso junto a los cuyes, lo poco que pudo estudiar lo hizo en una escuela nocturna. En esos años ella solo tuvo algunos refugios, el cura de una iglesia cercana y la hermana de su profesora que trabajaba en la ciudad, eran ellos los que la apoyaban a salir adelante. Finalmente, un hecho devastador para su vida en la ciudad fue que al terminar sus estudios intentó convalidar su egreso para estudiar en la escuela normal, pero al ver los encargados que no tenía en su partida de nacimiento la firma de su padre, le negaron el acceso a una educación superior, lo cual fue un hecho devastador para ella.

En 1963 mi abuelita, cansada de los abusos, se escapa de la casa de la señora que la explotaba laboralmente —como a muchas de las jóvenes que usaban entonces de *empleadas domésticas*—, es así que sin tomar tan siquiera sus cosas huye a Mosecca, pasa un breve tiempo y viaja a Lima al ver que varias personas de su familia migraron allí. Mechita viaja en un bus local que demoraba más de 30 horas en llegar, se llamaba el Aymarino, en ese bus carga todas sus esperanzas y promesas de un futuro mejor. Una vez en Lima se instala junto a la familia de su tío materno, en San Martín de Porres, donde llegaban todos los Gutierrez. Mi abuelita en esos años tuvo que trabajar en lo que laboraban las jóvenes migrantes de clase baja, trabajó como trabajadora doméstica en distritos como Miraflores, Lince, Jesús María y Breña. Pero me contó también que no duraba mucho en cada puesto de trabajo que encontraba, porque a veces había malos tratos por parte de las familias, el relego de “ser lo que era”, no dejarle comer en la misma mesa y pudo presenciar momentos de acoso hacia sus compañeras; a penas veía la actitud de un *viejo mañoso* les respondía y renunciaba.

El final de su instancia en Lima, fue en el trayecto de conocer a mi abuelo, natural de Moquegua, en 1969, con un matrimonio en alzas, mi abuelita viaja a Moquegua para establecerse, sin embargo las cosas no van bien, sus sentimientos eran confusos puesto que había dejado su familia y sus avances en la capital. Con un niño en brazos, en 1971 es el evento que marca su historia pues ahí recibe un llamado en el

que le recuerdan que su abuelita está en Lima y es momento de despedirse de ella. Mechita viaja con la esperanza de despedirse, se queda un tiempo allá cuidándola y le deja sus últimas palabras. Cuando regresa a Moquegua todo es diferente y el matrimonio no prospera, no obstante, pese a la falta de apoyo de su entonces pareja, ella logró salir adelante.

Es así como quiero presentar a Mercedes, quien ha educado en sus formas de madre a sus dos hijos, mi tía y mi padre, lo que ha trabajado sola, en su multiplicidad de labores de comercio lo ha hecho para sacarlos adelante; gracias a ello lograron ser la primera generación de profesionales, hecho que también es cuestionable en el Perú, por nuestra historia de desigualdad estructural. De ello hemos salido nosotros sus nietos, quienes reconocemos su larga trayectoria de vida y le agradecemos por tanto. En los últimos años, me he preguntado, “¿de dónde vengo?”, “¿cuál es mi identidad?”, más allá de decir que soy una *mezcla de*, soy descendiente quechua, soy hija de Nora y nieta de Mercedes y Yola. Pero sobre lo que significa parte de mi identidad en este caso precisamente, es que aprendí de Mechita a comer chuño, dormir en cueros, escuchar huaynos, caminar *patacala*, cuidar a los animales, a perder la vergüenza cuando había que hacerlo y a ser *pelinca* cuando vulneran tus derechos.

Desde mis vivencias y lo que recuerdo desde que tengo memoria, es que los momentos que he pasado con Mechita, han sido de cariño y franqueza, me ha enseñado a escuchar y a compartir tiempo junto a mis primas y hermano, siempre fuimos los 5 nietos cuyos nombres no podía recordar, cuando llamaba a uno era decir el abecedario completo, como familia también hemos pasado momentos difíciles, pero al menos ahora hemos sabido sobrellevar.

De mi abuelita hay mucho que hablar y no pude encerrar todo en un relato, pero quiero decir que Mechita es mi abuela, pero también es ella misma, su historia, sus sueños y vivencias. Y que como mujer joven aún, preguntándole sobre su historia de vida he podido conocer un poco más de mi pasado y sobre cómo se reconstruye mi identidad a mis 25 años. Y espero que si alguien se pregunta alguna vez, “¿quién soy?”, le recomiendo que algunas de las respuestas a esa pregunta podrán ser develadas desde la historia de sus antepasados.